

Consejos y consejeros

El peligro de las ideas que se incuban en las tumbonas hace temer lo peor

ELENA MORENO SCHEREDRE



Quien tiene varios hijos sabe que las instrucciones a la hora de acostarlos variaban más o menos cada dos o tres años; boca abajo, boca arriba, sobre el lado izquierdo, sobre el derecho... Los horarios de alimentación de un bebé o los hábitos sufrían las mismas reglas. Con el primero, cada tres horas, cada dos al segundo y cuando le diera la gana al último. Todos hemos sufrido y acatado los consejos, sobre todo en materia de alimentación y más desde que tenemos un ministro de Consumo. Carne roja imprescindible en la infancia –o aquel hígado encibollado con el que todavía tengo pesadillas– y ni probarla después. No hablaremos de los vasos de leche, de la nata resultante del hervido sobre el pan tostado, tampoco de los aceites ni del alcohol, que en mi infancia era tolerado con un poco de gaseosa.

En la 'Belle Epoque' la cocaína salió de los quirófanos para entrar en la sociedad. Freud llegó a recomendarla para curar la adicción a la morfina o al alcohol y no sé si Julio Verne hubiera sido tan visionario sin la adicción a la sustancia. Hasta hubo un empresario, Ange Mariani, que maceró las hojas de coca con vino de Burdeos y tan ricamente se hizo de oro vendiendo el 'vin Mariani. De la salud al éxtasis y viceversa, el recorrido es una autopista silenciosa señalada por esos estudios de universidades diversas que parecen predestinadas a desmontarnos los hábitos que tanto cuesta adquirir.

Quienes me leen saben de mi seguimiento y admiración por nuestro ministro de consumo el señor Garzón. Sin él no hubiera sabido dónde poner los huevos en mi nevera, ni prepararme un tupper nutritivo y equilibrado. Y lo cierto es que me preocupa, pues con la que está cayendo no se le ha escuchado en los últimos meses. Nada sobre la incidencia de la inflación en la cesta de la compra o el coste desmesurado de la energía. Nada sobre esa sandía veraniega a la que le han salido alas en el precio, nada sobre cuántas cervezas podemos tomar en el chiringuito o si los frigoríficos se estropearán si les da este sol de justicia.

Este ministro ha tenido una actividad frenética y debe de estar cansado. En los primeros siete meses del 2022 ha presentado dos propuestas, y en los últimos cinco meses nada; ni informes, ni acuerdos, ni reales decretos, ni ná de ná que decir de los chips de Kale, el hummus de remolacha, la chífa, el agave o el precio de los pimientos que compré el otro día. Los señores ministros volverán de las vacaciones. Les aseguré que volverán. El peligro de las ideas que se incuban en las tumbonas me hace temer lo peor. ¿Qué nos aconsejarán en ese otoño que ya viene amenazado?

Laura Borràs como metáfora

ANTONIO SANTAMARÍA

Periodista y ensayista sobre el nacionalismo catalán

La expresidenta del Parlament, que jaleó el boicot al homenaje a las víctimas del 17-A, personifica el creciente aislamiento del independentismo radical

El quinto aniversario de los atentados yihadistas en las Ramblas de Barcelona y el paseo marítimo de Cambrils se ha visto salpicado por los incidentes protagonizados por un grupo de independentistas seguidores de Laura Borràs, presidenta de Junts per Catalunya, suspendida de sus cargos de diputada y de máxima responsable del Parlament. Borràs está pendiente de juicio por los presuntos delitos derivados de la fragmentación de contratos para favorecer a un amigo cuando dirigió la venerable Institució de les Lletres Catalanes, fundada en 1937.

Los atentados de Barcelona y Cambrils se produjeron, inesperadamente, en vísperas del referéndum del 1 de octubre y del desenlace del proceso soberanista en las jornadas de septiembre y octubre de 2017. La masacre no provocó un movimiento de unidad en torno a las autoridades contra el terrorismo y de solidaridad con las víctimas. Por el contrario, escenificó la profundidad del conflicto y del choque de trenes en ciernes entre el Gobierno del Estado y el Ejecutivo autónomo. En la manifestación de condena, celebrada días después, organizaciones independentistas ocuparon la cabecera de la marcha con cientos de esteladas, conscientes del interés de los grandes medios de comunicación internacionales por el suceso. El Rey y el presidente de Gobierno, Mariano Rajoy, fueron abucheados en lo que algunos diarios calificaron de «encerrona».

El malestar de la Corona por esos incidentes, en un momento de debilidad de una institución que nunca ha sido muy popular en Cataluña y bajo los focos de los medios internacionales, está en la génesis del discurso del jefe del Estado el 3 de octubre. Una intervención que avaló la aplicación del artículo 155 de la Constitución, así como la ofensiva policial y jurídica contra los responsables de subvertir el orden constitucional. Felipe VI se vio forzado a ejercer una de sus funciones constitucionales como símbolo viviente y garante de la unidad nacional cuestionada desde la Generalitat.

Entonces, entre amplios sectores del movimiento independentista se buscó reconvertir el atentado islamista en un oscuro complot de los servicios secretos del Estado. Unas teorías de la conspiración sustentadas en las revelaciones sobre las actividades de la denominada 'Policía patriótica' y del comisario Villarejo, que guardan cierta semejanza con las urdidas por el PP tras el otro gran atentado islamista en España, perpetrado el 11 de marzo de 2004 en Madrid. Ello a despecho que la investigación del caso fuese conducida por los



Mossos d'Esquadra –donde emergió la figura del mayor Josep Lluís Trapero–, al igual que las pesquisas sobre los presuntos delitos de Borràs también emprendida por este Cuerpo policial.

En realidad, los atentados apuntaban hacia otro grave problema que incubaba la sociedad catalana: la integración de la inmigración. Particularmente, las circunstancias que condujeron a la radicalización de unos jóvenes de origen marroquí, criados y educados en Ripoll –un municipio de la Cataluña profunda famoso por su monasterio románico–, que integraban la célula terrorista que causó 16 muertos en Barcelona y Cambrils.

Ha pasado un lustro desde entonces. El movimiento independentista no se halla ahora en una fase ascenso, sino de declive. El fracaso de la vía unilateral ha provocado una cierta desmovilización de sus bases sociales y amargos sentimientos de frustración entre quienes creyeron que la secesión estaba al alcance de la mano. Actualmente, el independentismo está profundamente dividido y sin una estrategia clara para conseguir sus objetivos.

Laura Borràs pertenece al núcleo duro de Junts, dirigido desde Waterloo por Carles Puigdemont, que insiste en persistir en esa vía unilateral. El episodio de la interrupción del minuto de silencio en la Rambla, del que ayer intentó

desmarcarse tras la polémica suscitada y que consideró «fuera de lugar», estuvo precedido, días antes de su suspensión como diputada y presidenta del Parlament, por el grave incidente en un programa de TV3. En presencia de Borràs, su 'mano derecha' Francesc Dalmases, diputado de Junts y miembro de la comisión de control de la Corporació Catalana de Mitjans de Audiovisuals (CCMA), le montó una bronca monumental a una periodista por sus preguntas sobre la situación judicial de la expresidenta del Parlament, quien intentó quitar importancia al incidente y disculpar a su compañero. Este hubo de dimitir de su cargo en la CCMA.

La situación de Borràs sirve como metáfora del creciente aislamiento de esos sectores respecto no solo de la sociedad catalana, sino de amplios sectores del independentismo y de su propio partido, que se ha visto obligado a desmarcarse su presidenta por su apoyo al grupo que reventó el minuto de silencio y ofendió a los familiares de las víctimas de la masacre.

El comportamiento de la dirigente independentista, que se resiste con uñas y dientes a abandonar sus cargos y avalla las teorías de la conspiración, se asemeja a una versión catalana del estilo nacionalpopulista de Donald Trump y Boris Johnson.

Su actitud se asemeja a una versión catalana del estilo nacionalpopulista de Trump y Johnson